

SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Después de la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, la Iglesia nos llama a reflexionar sobre el misterio que está en el centro de nuestra fe: la Santísima Trinidad. Lo que se reveló a través de la vida, muerte, resurrección y envío del Espíritu de Cristo, ahora toma forma. No estamos simplemente siguiendo un conjunto de enseñanzas o principios; nos estamos dejando llevar hacia una relación con el Dios vivo: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Este misterio puede parecer difícil de comprender. La Trinidad no es algo que entendamos de manera completa, sino algo que experimentamos. En la recuperación, muchas veces no nos interesa querer explicarlo todo, pero sí lo que es real y transformador. En este caso ocurre lo mismo. La Trinidad no es un concepto abstracto: es la realidad viva de la presencia y acción de Dios en nuestras vidas.

El Evangelio de este domingo presenta una verdad simple pero profunda (Juan 3:16-18): *“Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.”* Este pasaje muestra el corazón del Padre, que envía al Hijo por amor. A través del Hijo, somos llevados a la relación con el Padre. Y por medio del Espíritu Santo, esa relación cobra vida y se activa dentro de nosotros.

Para muchos de nosotros en recuperación, nuestro entendimiento de Dios ha sido moldeado por el miedo, la distancia o la confusión. Quizá imaginábamos a Dios como distante, crítico o desinteresado en los aspectos de nuestras vidas. La recuperación comienza a remodelar esa imagen. Empezamos a conocer a Dios no como una fuerza abstracta, sino como un Padre amoroso que desea nuestra sanación, un Salvador que camina con nosotros en nuestra lucha y un Espíritu que habita en nosotros y nos da fortaleza.

Los Doce Pasos nos guían hacia esa relación. El Paso Dos nos invita a creer que un Poder mayor a nosotros mismos puede devolvernos el sano juicio. El Paso Tres nos pide que entreguemos nuestra voluntad y nuestras vidas al cuidado de Dios. Con el tiempo, esta relación se

vuelve más personal. Empezamos a confiar no solo en que Dios existe, sino en que está presente, activo y participa en nuestra recuperación.

Uno de los cambios significativos en la recuperación es pasar del aislamiento a la unión. Las adicciones, compulsiones y apegos dañinos, muchas veces nos llevan hacia nuestro interior, manteniéndonos centrados en nosotros mismos. La recuperación nos abre hacia afuera: hacia Dios y hacia los demás. Esto refleja la propia naturaleza de la Trinidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo existen en perfecta relación. Ser atraído por esa vida es ser atraído por la unión, el amor y la comunión.

Muchas veces escuchamos en la recuperación que este es un programa basado en un “nosotros”. No podemos hacerlo solos. De manera similar, la vida cristiana no está hecha para vivir en solitario. Somos creados para la relación, con Dios y entre nosotros. A medida que empezamos a experimentar una conexión sana en juntas, amistades y apadrinamiento o amadrinamiento, comenzamos a vislumbrar el tipo de vida que Dios desea para nosotros.

Esto no significa que la vida se vuelva fácil ni que todas las luchas desaparezcan. Seguimos enfrentando desafíos, contratiempos y momentos de duda. Sin embargo, algo empieza a cambiar en nuestra forma de vivir. Ya no estamos definidos por nuestro pasado ni impulsados por el temor. En cambio, empezamos a vivir a partir de una nueva identidad como hijos amados de Dios.

San Pablo señala esta nueva identidad a lo largo de sus cartas, recordándonos que ya no somos esclavos, sino hijos e hijas de Dios. Este cambio es fundamental en la recuperación. A medida que la culpa empieza a dejar de sujetarnos, comenzamos a vernos a nosotros mismos de forma diferente. Nuestros fracasos no nos definen, sino el amor de Dios.

Los frutos de esta relación empiezan a notarse en nuestras vidas. Crecemos en paciencia, honestidad, humildad, obediencia y amor.

Nos volvemos más dispuestos a servir, a escuchar y a estar presentes para los demás. Estas no son cosas que forzamos para que existan. Son el resultado de la vida de Dios obrando en nuestro interior.

La Solemnidad de la Santísima Trinidad nos recuerda que la recuperación no consiste únicamente en detener conductas destructivas. Se trata de tener una nueva forma de vivir, una basada en la relación con Dios. Mientras continuamos este camino, estamos llamados a permanecer abiertos al amor del Padre, a seguir el ejemplo del Hijo y a confiar en la guía del Espíritu Santo. En esta relación encontramos la libertad y plenitud de vida que hemos estado buscando.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cómo ha cambiado a lo largo de tu proceso de recuperación tu entendimiento o vivencia de Dios?
- ¿Cuándo has experimentado una unión con Dios o con otros, y qué sustituyó el aislamiento que había en tu vida?
- ¿Qué te ayuda en tu recuperación diaria a mantenerte abierto ante la presencia y guía de Dios?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Éxodo 34:4b-6, 8-9

SAL. RESP. Daniel 3:52, 53, 54, 55, 56

SEGUNDA LECTURA 2 Corintios 13:11-13

EVANGELIO Juan 3:16-18